

LOS ORÍGENES CULTURALES DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Manuel Suárez Cortina
Universidad de Cantabria

Con el título *Los orígenes culturales de la II República Española*, y bajo la dirección de Manuel Tuñón de Lara, se celebró en Cuenca el noveno Coloquio de Historia Contemporánea los días 23 y 24 de abril de 1992. Resulta casi imposible escribir una reseña del mismo sin hacer una mención al proceso global en el que se insertan dichos coloquios —primero en Pau, y más tarde en Segovia— y lo que representan para la historiografía española reciente. Si en los setenta la visita a Pau constituía tanto una posibilidad de debate historiográfico casi ausente en los medios académicos españoles, como una toma decidida de posición frente al franquismo —político e historiográfico—, la recuperación de los coloquios de Segovia y de Cuenca constituye una permanencia de la tradición, pero al mismo tiempo una síntesis con la renovación historiográfica general que se ha experimentando en la España reciente.

Y a esa renovación general no han sido ajenos en modo alguno los encuentros dirigidos por Manuel Tuñón de Lara. Resaltaba José Luis García Delgado en la sesión inaugural de *Los orígenes* que resulta difícil encontrar un cuerpo de investigación tan importante sobre la historia española de 1870 a 1940 como el ofrecido por los últimos siete coloquios. Así es; más de ciento cincuenta colaboraciones caracterizan el denso repertorio de los siete últimos volúmenes que ha venido editando Siglo XXI con la colaboración de la UIMP. Pero yo iría aún más lejos. No es sólo ya que los coloquios en su conjunto ofrezcan una «mirada» incisiva sobre la España contemporánea, sino que tanto en Pau como ahora en Cuenca, los coloquios han venido a representar una manera de

hacer la historia, una corriente historiográfica que globalmente podría ser denominada como *frentepopulista*, producto de la convivencia de los más o menos diluidos grupos marxistas, junto a una incorporación sostenida de historiadores claramente comprometidos con la democracia. Esta síntesis tanto política como historiográfica recorre todo el ciclo vital de los coloquios desde los setenta al presente. Y ello es perceptible tanto de forma directa como implícita en sus resultados.

En el ámbito temático ha existido un fuerte compromiso por una reflexión historiográfica integradora de las aportaciones de la historia económica, la política, la cultural y la social; en el metodológico, el pluralismo ha sido la vía más aceptada, siempre dentro de una vocación «progresista». Este mismo espíritu presidió las sesiones del noveno coloquio sobre los orígenes culturales de la II República. A lo largo de diez ponencias (estaba anunciada la intervención de Juan Marichal, que no asistió a las sesiones) se fueron desgranando los elementos más representativos de las raíces culturales que abrieron paso a la II República española. Un repertorio de temas que expresó muy bien la complejidad y multiplicidad de fuentes que alimentaron en los ámbitos institucional, social, cultural y político la base sobre la que se asienta la España de los años treinta.

Si alguna conclusión general puede ser establecida tras la exposición de las ponencias y los debates que les siguieron es que hoy no es posible mantener esquemas rígidos, dualistas ni maniqueos a la hora de explicar el proceso cultural y político que lleva a la II República. Manuel Tuñón de Lara en su *Introducción General* a las grandes corrientes culturales de principios de siglo ya resaltaba los grandes avances obtenidos en la investigación en los últimos años, pero no con menos intensidad señaló igualmente las lagunas y las carencias que muchos enfoques presentan para la comprensión ajustada de aquel proceso histórico. En líneas generales se puede resaltar el fuerte componente revisionista que presidió una gran parte de las intervenciones. Este revisionismo se acentuó de forma particular en la intervención de Manuel Pérez Ledesma, (*Culturas socialistas 1921-1931*) al analizar la cultura del socialismo español desde una perspectiva muy crítica con la imagen que el propio socialismo ha venido construyendo de sí mismo desde entonces. Interpretada la cultura como una forma de vida en el doble sentido de valores y artefactos y actuaciones que se efectúan, el socialismo español se ha caracterizado en el terreno de los valores como eminentemente conservador, fuertemente impregnado de una práctica ritualista (1.º de Mayo, 1.º de diciembre tras la muerte de Pablo Iglesias...) que contrasta abiertamente con la pretensión socialista de ser portador de valores de progreso.

Esta cultura socialista, expresada en secuencias distintas entre sí, como la que se corresponde con los líderes como Besteiro, la historia sociocultural de las clases populares o la que se desarrolló en torno a las veledas literarias respondía a una preocupación por la cultura concreta, inicialmente en proyectos orientados a la construcción de una cultura socialista autónoma; un proyecto que, como concluye Pérez Ledesma, fracasó en torno a los años veinte. Fracaso múltiple: con los intelectuales, en el terreno político y en el antropológico, en cuanto que la labor de los socialistas era la de difundir en las clases populares un conjunto de valores pertenecientes a su propia tradición (o mejor, si se quiere, a la construcción de una tradición propia). De otro lado, resulta perceptible la existencia de etapas bien diferenciadas. Si hasta 1910 Pablo Iglesias consideró que hacer cultura era secundario respecto de la revolución, desde la incorporación de los intelectuales en la segunda década del siglo, la conjunción con los republicanos, etc, la instrucción y la difusión cultural un nuevo valor, pero esta tendencia quedó cortada en la década siguiente, con la afluencia de tentaciones anticulturales y antiintelectuales en diversos sectores del socialismo español. El resultado final concluye Pérez Ledesma fue el fracaso de la expansión y desarrollo de la cultura en el socialismo de los veinte, de forma especial aquellos valores vinculados a la idea de libertad.

No menos revisionista fue la intervención de Enrique Ucelay da Cal (*El modernismo catalán*) en la que analizó la cultura catalana de comienzos de siglo desde la perspectiva de las relaciones mercado/producción/consumo de los bienes culturales en una Barcelona en rápido proceso de transformación socioeconómica. La insuficiencia del concepto «modernismo», la semejanza entre las posiciones económicas y culturales (proteccionistas) del catalanismo, la concepción productivista del ideal catalán, el doble mercado en catalán y en castellano, son algunos de los aspectos que Ucelay manejó para la comprensión del complejo entramado cultural que presidió la Barcelona de principios de siglo. Un crecimiento urbano potenciado por los entratos pequeño-burgueses en el que la oferta modernista «marca la consecución definitiva de este proceso de asentamiento burgués» (Ucelay). El objetivo (logrado) de Ucelay fue el de incardinar los procesos de producción y consumo culturales en el nuevo modelo de consumo de cultura inscrito en la transformación de la ciudad, pero también en medio de un conjunto de transformaciones políticas que la historiografía ya ha resaltado suficientemente: eclosión del nacionalismo catalán, Solidaridad Catalana, Partido Radical, Solidaridad Obrera. En ese marco la coexistencia o sucesión de estilos artísticos (modernismo, noucentismo, neoclasicismo, Art Deco,...) hubo de readaptarse a las condiciones cambiantes en los

modelos de producción/consumo cultural. La conclusión que obtiene Ucelay es que el modernismo catalán «no fue una vía originaria de la II República más que negativamente». Fue, sobre todo el *noucentisme* el movimiento definitorio para el autonomismo catalán hasta la guerra civil.

El giro hacia nuevas posiciones resulta palpable desde comienzos de siglo en todos los ámbitos. Juan Velarde mostró que el pensamiento económico tampoco escapó a esta tendencia a la revisión de los postulados previos. A través de la figura de Antonio Flores de Lemus, Velarde expuso la reacción producida en el ámbito del pensamiento económico; un cambio que en consonancia con el producido en el resto de países europeos, se orientó hacia el proteccionismo, hacia la formulación de historicistas, lejanas al clasicismo dominante en el sexenio. Con Flores el pensamiento económico español expresó una clara orientación hacia un historicismo que reflejaba el acercamiento de una parte de la intelectualidad liberal —Buylla, Azcárate,...— al socialismo de cátedra, en particular a través de la figura de Schmoller. Tres ideas básicas reflejan este giro que permite el fortalecimiento de un nuevo liberalismo en la España de principios de siglo: el impacto en Flores de la obra de Schmoller, su ruptura con el regeneracionismo, tanto frente a Costa, de un lado, como frente a Ortega, de otro, y, finalmente, la tendencia de Flores hacia el conservadurismo, que estuvo a punto de hacerlo ministro con Maura.

Resulta indudable que este proceso no es comprensible al margen de la influencia que la Institución Libre de Enseñanza tuvo sobre la cultura de principios de siglo. Isabel Pérez Villanueva y Javier Varela orientaron sus ponencias a la indagación del carácter peculiar que presidió algunas manifestaciones del institucionismo. Pérez Villanueva (*La Residencia de Estudiantes en el Madrid de su tiempo*) resaltó la «personalidad moral» que presidió todas las manifestaciones de la Residencia de Estudiantes, confrontándola con el Madrid tradicional. El institucionismo de los residentes representó un contrapunto de planteamientos, formas y estilos con el Madrid popular y tradicional. El gusto por los modelos anglosajones, tomados de Oxford y Cambridge, la ruptura abierta con las formas de conducta, el estilo arquitectónico de los edificios residenciales, las maneras (pulcritud y austeridad) que impregnaron la Residencia reflejaron la impronta organicista, el afán de globalidad y la búsqueda del equilibrio y armonía que el institucionismo retuvo del originario tronco krausista. Para adentrarnos en este enclave particular de la cultura —de élite, e incluso abiertamente elitista— del Madrid de principios de siglo Pérez Villanueva no intentó

realizar un estudio desde el discurso ideológico; por el contrario, es desde el análisis de las formas, desde el estilo que impregnó la vida de la Residencia (elección del emplazamiento, búsqueda de nuevas formas arquitectónicas, detalles del mobiliario, estilo de vestir, maneras de actuar y de relacionarse desde el que nos reconstruye los valores —equilibrio, austeridad, armonía— que presidieron todas las manifestaciones de la Residencia. Como la autora nos recuerda en palabras del escritor mejicano Alfonso Reyes «Una ciudad nueva, un Madrid no sospechado».

Si en la Residencia es perceptible la influencia de Giner y los institucionalistas, su presencia no fue menor en la implantación y desarrollo del Centro de Estudios Históricos. Javier Varela (*La tradición y el paisaje. El Centro de Estudios Históricos*) resaltó la sobriedad, disciplina, contención y mesura propios al estilo gineriano que presidieron desde el principio la actividad del Centro. En su ponencia Varela presentó una imagen doble de las actividades del Centro de Estudios Históricos y de Menéndez Pidal, su figura más representativa y director del mismo desde el principio; de un lado, al igual que Pérez Villanueva ofreció un panorama cromático del estilo que impregnó todas las actividades del grupo; de otro, estableció el alcance efectivo que su trabajo como historiadores tuvo para el avance de la investigación (y del pensamiento) histórico en la España de la época. Con Menéndez Pidal, el rigor histórico, el «conocimiento positivo» y el evolucionismo de Darwin y Spencer, junto a la influencia de la filología europea constituyeron la base de una reflexión histórica que hizo de la recuperación de las tradiciones populares la base, el sustento de un nacionalismo español, de raíz castellana. La búsqueda de la tradición, del espíritu o carácter la cultura española constituyó —concluye Varela— el punto de unión de todas las actividades del Centro de Estudios Históricos. En definitiva, se trataba de establecer las bases sobre las cuales llevar a cabo la legitimación, el fortalecimiento de un nacionalismo español, asentado sobre el rechazo de la cultura clásica, y la recuperación de las tradiciones populares medievales. Una actividad que de una u otra forma se constituía a sí misma como la tarea de unos intelectuales orgánicos del nuevo liberalismo español.

Paul Aubert y José Álvarez Junco dedicaron sus intervenciones a clarificar la posición de los intelectuales en la política española desde fines del siglo pasado. Álvarez Junco (*Anticlericalismo, intelectuales y republicanismo*) aplicó al caso español los planteamientos sobre los intelectuales desarrollados por Alexander Gella. Partiendo de una concepción amplia del intelectual (tanto en un sentido sociológico —profesores, médicos— como funcional —orientadores de opinión, líderes so-

ciales—). Álvarez Junco resaltó los distintos órdenes —generales y particulares— en los que se inserta la aparición de los intelectuales como tales en la sociedad moderna. Así comprendido, el intelectual, en un sentido amplio, surge como resultado de la conjunción de varios procesos generales y particulares: 1) tendencia global a la secularización; 2) reajustes territoriales que llevan a la configuración de estados nacionales, con la nueva cultura que conlleva la aparición de unos intelectuales; 3) desarrollo de la sociedad industrial que exige un lenguaje común que facilita los intercambios, la alfabetización, etc.; 4) quiebra del patronazgo y del mecenazgo que los vinculaba a la sociedad estamental. El intelectual aparece ligado a la nueva sociedad de mercado; 5) Reforma de la educación y nacimiento de una educación pública. De esta nueva situación general obtiene el intelectual su actividad básica; de ella se deriva su ambivalencia, primero como crítico, después, como funcionario, que vive del sistema.

Desde este punto de partida el intelectual se constituye en un nuevo punto de referencia básico de las sociedades modernas. En su constitución como grupo, se erige en núcleo político, con una vocación claramente directora de la sociedad: así Maeztu, Ortega. Pero a diferencia de la sociedad tradicional, donde el orden estamental posee al sacerdote como la cohesión social en el orden cultural, en las sociedades modernas, bajo el impacto de un laicismo creciente, el intelectual, se define básicamente y primordialmente por su fuerte componente anticlerical. El intelectual, como en Francia, surge en el momento de la eclosión de una auténtica opinión pública. El problema se planteó al no existir en España ni mercado cultural suficiente, ni apoyo estatal, ni una clara opinión pública. ¿Cuál fue, entonces, la fuerza de los intelectuales en la España de entresiglos? Álvarez Junco concluye que es la debilidad de sus recursos propios (bases económicas débiles, origen social provinciano y de clases medias) la que explica el componente antiburgués que caracterizó a muchos intelectuales del período. Su posición, ambigua y contradictoria ante la sociedad burguesa, se expresó a través de sus actitudes políticas que oscilan entre un aristocratismo arcaizante o la vaguedad de su apoyo popular: el club, el ateneo, la tertulia o el periódico fueron sus campos de acción preferente.

Llenos de contradicciones, débiles en su base sociológica y en sus planteamientos doctrinales los intelectuales de la España finisecular se mostraron como un grupo desdibujado: liberales confiados en la fuerza del Estado, reformadores que presentaron su programa en términos eticotrascendentales, idealizadores y mitificadores de su función social, los intelectuales españoles se configuraron sobre la construcción de un mito múltiple: el pueblo, ellos mismos y la Iglesia (Álvarez Junco).

Desde una concepción del intelectual más restrictiva que la aplicada por Álvarez Junco, Paul Aubert (*Intelectuales y política, 1914-1931*) analizó las actuaciones políticas de los intelectuales españoles tras la Primera Guerra Mundial. Si el campo de actuación del intelectual en el mundo moderno era para Álvarez Junco muy amplio, Aubert, por el contrario, ve en él un núcleo muy activo, pero numéricamente mucho más restringido, que actúa como conciencia crítica en los aspectos nacionales e internacionales. El intelectual, desde esta concepción funcional —conciencia crítica de la sociedad— se sitúa a sí mismo en el eje de la crítica social y política; este es su oficio. Aparecido en Francia como expresión de las tensiones que siguieron al *Affaire Dreyfus*, el intelectual como crítico social tuvo en España mucho menos impacto y su eclosión como grupo no se percibe antes de 1917, cuya crisis permitió a los intelectuales españoles adquirir un protagonismo político a través del control de una débil opinión pública, «que paulatinamente se convierte en “nacional” y acabó siendo republicana» (Aubert). Del análisis de Aubert sobre la actividad política en la España que antecede la II República se extraen algunas conclusiones: los intelectuales españoles, como tal colectivo, si es posible llegar a percibir con nitidez su existencia, se manifestaron como hijos de las circunstancias, utilizando sus capacidades y usándolas en su beneficio; de aparición tardía —solamente tras la crisis de 1917— se consolidaron como una fuerza propia; su componente crítico les llevó a una posición de abierto antagonismo con el régimen que paulatinamente les llevó a posiciones prorreplicanas a fines de los años veinte; esta actitud política selló el estilo de abierto compromiso político —expresado a través del mítin, la conferencia, el homenaje o el manifiesto— y constituyó un elemento básico en el autorreconocimiento como tales intelectuales.

En este proceso de decantación política el intelectual español presentó algunas propuestas orientadas a la sustitución, al despido de los políticos tradicionales; defendió la formación de un gobierno de carácter nacional; y en una percepción de su función cercana a una auténtica «misión»; reclamó la formación de un hombre nuevo, la creación de otro Estado y la emancipación del proletariado. En definitiva, con todas sus implicaciones y llenos de contradicciones internas, los intelectuales españoles de los años veinte intentaron cubrir un espacio público, que solamente se puede entender por una ausencia de cuadros en los partidos políticos (Aubert).

Si el republicanismo de los intelectuales se percibe con nitidez solamente a fines de los años veinte, lo mismo cabe decir de la sociedad madrileña en su conjunto. Santos Juliá (*De cómo Madrid se volvió Re-*

publicano, 1910-1931), tomando como punto de partida el carácter antirrepublicano de las clases dominantes en el Madrid de principios de siglo, dedicó su ponencia a mostrar el proceso de republicanización de las clases medias y populares en Madrid. Su tesis es que, frente a la idea de S. Ben-Amí, no cabe hablar de proceso de transición hacia la República. La II República llegó de forma repentina, lo que no niega en modo alguno la existencia en Madrid de una tradición republicana, aunque el análisis del voto republicano en la capital delata un carácter muy poco estable. Para demostrar su tesis Juliá realiza un análisis del voto republicano desde 1910 observando que los partidos republicanos entran en un franco declive desde 1910. En los años veinte solamente el 5% de los electores, el 12% de los votantes mantienen su lealtad a los partidos republicanos. Santos Juliá explica este declive del republicanismo histórico por razones tanto demográficas —la profunda transformación en la población de la capital— como políticas —la ruptura del radicalismo como resultado del gubernamentalismo de Lerroux—. Se produjo así una quiebra de los partidos tradicionales dinásticos y antidinásticos, que en la práctica —más allá de sus diferencias— expresan las mismas limitaciones: carácter clientelar, ineficacia en la movilización social, inadecuación de programas, etc.—. Dentro de este marco de referencia, el accidentalismo de los madrileños entre 1910 y 1920 es coherente con el carácter espontáneo del republicanismo de 1930.

Los intelectuales fueron también el objeto de la ponencia de Francisco Caudet, pero desde una perspectiva muy distinta a la de Álvarez Junco y Paul Aubert. Caudet (*Una generación literaria renovadora; 1927-1931. Escritores y revistas*) se orienta a la explicación de las transformaciones que experimentó la creación literaria desde los años veinte y de forma especial tras la generación de 1927. El aspecto más reseñable de la cultura del período reside en la coexistencia de corrientes (arte académico, de vanguardia, arte revolucionario) muy distintas que expresan la enorme vitalidad creadora y editorial de la España de fines de los años veinte. Pero, frente a esta multiplicidad de corrientes literarias se puede percibir un fenómeno global de acercamiento a lo popular tanto en música (Falla), en poesía (Alberti) como en literatura o cine (Buñuel). Todo indica que la crisis de las formas tradicionales de expresión literaria se ajustan a las transformaciones globales que experimentó el mundo tras la revolución rusa y la revisión de las tradicionales relaciones entre intelectuales y pueblo. La exaltación de lo popular, la revisión de los planteamientos estéticos y el lugar que la creación tiene en el marco de las ideas revolucionarias son otros tantos ejes des-

de los cuales Caudet analizó las corrientes culturales en los albores de la República.

En su conjunto el Coloquio intentó cubrir los múltiples aspectos que presenta la cultura de principios de siglo. Es obvio que a través de diez ponencias resulta imposible abordar todos los temas que deben atender a la explicación de las grandes —y menos grandes— corrientes culturales. En este sentido parece razonable, y aún necesario, un segundo encuentro sobre lo mismo. Con ello podrían ser atendidos muchos aspectos que han quedado sin la atención que merece. Con todo, el resultado global es a mi juicio extremadamente positivo, aunque existen algunos interrogantes que han quedado sin respuesta, e, incluso en algún sentido, puede decirse que la pregunta básica está por formular. Resulta sorprendente que a lo largo del Coloquio no se hayan planteado de forma directa la naturaleza de las ideas democráticas en la España de principios de siglo. ¿Cuál era la cultura democrática de los españoles? Todo parece indicar que el republicanismo era el portador de los ideales democráticos, pero ni su acción política ni sus formulaciones doctrinales indican con claridad de qué modelo de democracia se trataba. ¿Acaso de una democracia rural, pensada para pequeñas comunidades campesinas, o por el contrario, podemos encontrar ideales de democracia industrial en los nuevos republicanos? De otra parte, una corriente de pensamiento tan heterogénea como el regeneracionismo ¿hasta qué punto ha sido correctamente interpretada? ¿No parece necesario una revisión total del mismo? Estoy convencido de que los estudios actuales sobre los partidos políticos, incluido el conservadurismo, la cultura política de sus «cuadros», así como la de la población española, en general permitirá en un plazo no muy lejano una comprensión adecuada de los procesos que llevaron a la implantación de la II República en España. Al mismo tiempo, cabe plantearse si resulta adecuado pensar el tema desde una perspectiva unitaria. Resulta imposible encontrar claves explicativas para toda España. El ámbito catalán muestra una vitalidad y unos rasgos claramente autónomos, y en ocasiones claramente diferenciados, cuando no antagónicos, con los de la capital; una vez más, España, como Estado y como sociedad, presenta un pluralismo que menos que en ningún otro ámbito, puede ser negado en el cultural.